

# FERNANDO ARRABAL

Premio Nacional de Teatro 2001

Ángel Berenguer

El teatro de Arrabal puede verse, actualmente en España con frecuencia, como consecuencia de la normalización de la vida ciudadana, gracias al establecimiento de un orden democrático en el que las libertades civiles han posibilitado su representación en todos los espacios teatrales españoles. Con ello, su obra teatral que nace de una historia personal compleja entrelazada con el devenir, no menos traumático, español, puede, por fin, formar parte del legado escénico de nuestro país. En este contexto de libertades ha recibido el *Premio Nacional de Teatro*. Esta circunstancia justifica las palabras que siguen y que se unen al conjunto de valoraciones positivas que este hecho ha suscitado en su tierra.

Aunque la Dictadura intentó ignorar (como muchos publicistas y críticos de la época) su importancia en el marco del teatro mundial, su obra aparecerá, a partir de entonces, de una manera intermitente en el teatro universitario e independiente, en funciones únicas, y con una escasez de medios que no pueden paliar los esfuerzos, la buena voluntad y el entusiasmo de los grupos no-profesionales que lo montan. Mientras su teatro da la vuelta al mundo (el *No japonés* lo estrena en 1974 y lo convierte así en el primer autor occidental en su repertorio, Víctor García repone *El cementerio de automóviles* en Brasil, Lavelli *El arquitecto y el emperador de Asiria* en Nuremberg y Tom O'Horgan —el director de *Hair*— estrena esta misma obra en Nueva York el 27 de mayo de 1976, etc.), en España se ignora su existencia, o se critica una obra que no puede defenderse a sí misma, por no estar publicada de una forma seria y continua, ni siquiera durante los primeros años de la transición política. De sus dieciocho volúmenes de teatro sólo unas obras aparecieron durante la dictadura, en español, en revistas especializadas o publicaciones minoritarias, y ello agravado por la circunstancia de ser textos mutilados, según hemos anotado más arriba, y sólo algunas hasta hoy han visto la luz en nuestro país.

El teatro de Fernando Arrabal consta, hoy, de un centenar de obras desde *Pic-nic* (1952), una de sus obras más famosas y una sátira de la guerra "fratricida", hasta *Carta de amor* (2000), y varias óperas (dos ya estrenadas). Su obra comprende novelas y textos (*Baal Babilonia*, 1958, *El entierro de la sardina*, 1960; *La piedra de la locura*, selección de textos pánicos publicados por Bretón en La Brèche, 1962; *Carta al general Franco*, 1971; etc., etc.), así como poesía (desde los *sonetos pánicos* publicados en Índice, 1963 y 1966, hasta *Mis humildes paraísos*, 1985). Escribe sobre

ajedrez, publica varios libros de fotografías (*Le New York d'Arrabal*, 1973) y dirige varias películas (*Viva la muerte*, *Iré como un caballo loco*, *El árbol de Guernica*, *La odisea de la Pacific*). Su actividad es inmensa, tanto, que podría decirse que es uno de los pocos españoles que participan hoy, activamente, en la creación de la cultura occidental.

La obra y la persona de Arrabal se convirtieron en piedra de escándalo, en la España de la época, para conservadores, liberales y reformistas, atentos a la especulación de un cambio posible sin ruptura. Tanto fue así que un ministro español, lo colocó en 1976 en una lista de los seis españoles no gratos y que no podrían volver a España, en caso de apertura, junto con La Pasionaria, Lister, el Campesino, Carrillo y Alberti.

Durante los años de la Transición Política Española Fernando Arrabal adoptó posturas que sobresaltaron a la opinión pública. En realidad, su obra y su actitud intelectual, que sólo había llegado a círculos culturales relativamente restringidos, era esperada como un discurso ideológico de izquierda, planteado en un lenguaje de orden y penetrado de un rigor formal expresivo acorde con el status que le acordaban los nuevos medios de comunicación. Como otros escritores reconocidos por la nueva situación, Arrabal debería haber adoptado una pose digna para la instantánea de la gloria. Debería haberse acercado a las distintas y sucesivas fuentes del poder social y político, y adoptar las posturas requeridas por las circunstancias a la clase intelectual.

Sin embargo, Arrabal seguiría siendo fiel a sí mismo y al discurso del individuo que se enfrenta a su entorno con las pobres (y temibles) armas de su talento y su imaginación. Con él reaparece un lenguaje poco usual en el encorseado mundo de la cultura, que alcanzará cotas de popularidad insospechadas gracias al malentendido que sufre la opinión pública dirigida por plumíferos de más cacareo que enjundia. En este terreno se sitúan sus acciones más comentadas y menos entendidas, en las que recoge la vieja tradición del lenguaje surrealista. A ello une la provocación, lo que no arregla las cosas en el contexto de la actual Democracia Española. Parece como si los españoles hubiéramos olvidado el valor de la palabra y la temiéramos tanto que hubiéramos decidido encerrarla en el cajón sombrío del "¡ja estas alturas!". Entre el miedo y el desencanto se sitúa la tenue frontera en la que abandonamos nuestras más lúdicas emociones, cuando descartamos el juego como lenguaje hábil de una inteligencia que se descubre a sí misma en conflicto con su entorno. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

